

CORAZÓN DE TINTA

Rafael Uzcátegui.

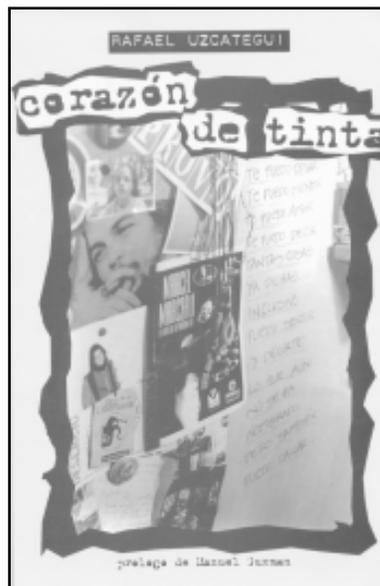
Náufrago de Ítaca Ediciones.

Bogotá, 2001. 186 páginas.

El balcón es una parte de las viviendas donde todo es posible: guardar bicicletas, colgar macetas de flores, secar la ropa, tener a las mascotas, leer el periódico, ver a los viandantes, mirar la lluvia o coger el sol. Espacio ambiguo por naturaleza -ni dentro ni fuera del hogar- es territorio que permite desde florecer la vida y el amor, hasta encontrar un trampolín la muerte.

Hay un género de la escritura, que cual balcón, permite casi de todo: la crónica. En esta maravillosa fusión de periodismo y literatura caben todos los temas: la Historia o las pequeñas historias, las costumbres de una época, los casos y cosas del presente, lo que nace o lo que deja de ser. Allí la realidad toca la ficción, y la información se conjuga sutilmente con la opinión, como no lo permite ningún otro tipo de escritura periodística.

Earle Herrera, quien la ha cultivado y analizado a profundidad en "La magia de la crónica" (Fondo Editorial de la Facultad de Humanidades y Educación de la UCV, Caracas, 1991), la califica como una de las formas de recoger, contar y expresar el acontecer diario de la vida de las personas y de los pueblos.



No hay —dice Herrera— situación, fenómeno, acción o pasión que no pueda reflejarse en este género. *La alegría y el dolor, la guerra y la paz, lo cotidiano y lo trascendente, lo humano y lo divino encuentra lugar en su espacio y en sus líneas*, siendo a la vez más creativa que la noticia, más personalizada y participativa que la reseña, menos sistematizada que el reportaje, y estando lejos del tono sentencioso del editorial y del lenguaje expositivo del artículo de opinión.

Relación realista en tanto periodística, sugiere una concepción más amplia de la realidad que la reclamada por la ‘objetividad’ informativa. Ésta es extremadamente sensorial, de modo que para la misma lo real está casi limitado a los cinco sentidos. La crónica, en cambio, arroja luz sobre otras dimensiones: espirituales, oníricas, síquicas que, aunque no tangibles e imperceptibles para muchos, forman parte de la realidad integral de los hombres y de la vida. Y de esas dimensiones surgen otras: lo imaginario, lo fantástico, lo maravilloso o lo mágico. Plasmarlas en la escritura, es el propósito del cronista (pág. 110).

Oficiante de buena crónica -esa que abarca todo lo posible y todos los sueños- es Rafael Uzcátegui, quien tiene un *Corazón de tinta* para contar lo que hace la gente y lo que le pasa a él. Esta recopilación de crónicas, artículos y entrevistas posee muchas virtudes. En primer lugar, es absolutamente alternativo: “anticopyright” y vaciado completo en la internet. En segundo término, sus páginas dan fe del buen periodismo que sigue los pasos y las opiniones de las minorías que miran la vida con ojos distintos al resto de los mortales, y que hacen las cosas con otros métodos y fines: los editores y radialistas libres, los grupos antimilitaristas, insumisos y objetores de conciencia; los antitaurinos, los homosexuales, los veganos -vegetarianos radicales-, los ocupas, los músicos que no se oyen en la radio, los rastas, los anarquistas y los antiglobalizantes. Esa gente que casi nunca sale en la prensa convencional.

Rafael Uzcátegui tiene una rica historia en el oficio del periodismo

independiente. Escribe para el periódico Letras de la Universidad Central de Venezuela, coordina *El Libertario* y el fanzine Naúfrago de Ítaca. Es tesista de la Escuela de Sociología de la misma UCV. Y como cronista —amén de muchos otros textos— ha hecho un desgarrador Requiem para un suicida, recogido en *Corazón de tinta*, además de una reivindicación pública a su necesidad imperiosa de tener un cuarto con vista, llamado “Quiero un balcón”:

Para respirar distinto a incienso y destierro generacional, para eso serviría un balcón. Quizás, desde la altura, recobro el sentido de pertenencia a algo y escupa de nuevo a los peatonales buches de verbo y fuego. Que la serenata de la vida, con sus besos sabor a vino y olores dulces de piel desnuda a veces no complace peticiones, pero pasa con seguridad ante nuestro portal. Y pretendo estar bien pendiente, con el tambor de sangre desbocado en el pecho, dar la emboscada desde el mirador.

Algunos tienden sus ropas en el balcón; pero hay otra gente, como Rafael Uzcátegui, quien piensa que ese espacio le serviría para colgar sus penas en un alambre, junto a las franelas ovejita, a ver si, como éstas, encogen y destiñen. Y lo dice en un libro donde el periodismo y la literatura se dan, con lengua de crónica, un beso de amor.

Argelia Ferrer